

mi Rey; y aunque eres el Rey inmortal de los siglos y tu reino es el reino eterno, tú has dicho que tu reino no es de este mundo; *acuérdate pues de mí, Señor, cuando estuvieres en tu reino.* Vos vais á morir; mas yo creo que será vuestra muerte el principio de vuestro eterno y verdadero triunfo. Entonceis ejercitaredis libremente vuestro poder infinito, porque no temeréis las injustas persecuciones de la Sinagoga, con mucha mas expansion que lo habeis ejercitado durante vuestra vida: por tanto, os suplico que os acordeis de mí cuando entreis en vuestro reino.

¡Oh Señor! Miradme y tened misericordia de mí, porque soy pobre y desvalido. Perdonadme, pues el implorar vuestro patrocinio no es por osadía, sino por confianza. *Acordaos de mí,* pues que me criésteis. *Acordaos de mí,* pues que me redimísteis. *Acordaos de mí,* ya me iluminásteis y me hicísteis conocer la dependencia que tengo de vos; en vos creo, en vos confío, en nadie sino en vos espero. ¡Oh autor de la vida! ¡Oh vida mia! ¡Oh vida de mi alma! Acordaos de mí, pues que con vos muero. Pueda mas con vos esa sangre preciosísima que derramásteis por mí y por la salud de todo el mundo, para obligaros á usar conmigo de misericordia, que todas las maldades mías para esforzaros á que me abandonéis. Ambos somos condenados como ladrones, ambos crucificados como malhechores, ambos ajusticiados como facinerosos, por lo cual *acordaos de mí,* ya que juntos salimos del mundo, para que juntos vá-

⁴² blasfemaban, como lo aseguran dos de los Evangelistas. Declinando
⁴³ empero el sol hácia el medio día, á hiriendo sus rayos al costado izquierdo
⁴⁴ de Cristo, llevaron su sombra hácia la parte opuesta, y alcanzó al ladrón que estaba á la derecha, y tan luego como le tocó entró en su corazón la virtud de la Divinidad. Y viendo el modo como había rogado al
⁴⁵ Padre por sus propios enemigos, no solo se compungió, sino que reprendió á su compañero porque blasfemaba contra Jesús, cuya misericordia
⁴⁶ imploró. El Señor misericordioso, que moría en la cruz por salvar á los
⁴⁷ hombres, no satisfizo sus ansias con perdonarle, sino que le aseguró que
⁴⁸ en el mismo día estaría con él en el paraíso. Gestas empero, que perseveró en su obstinacion, bajó á los infernos.⁴⁹ Maldonado, hablando de las tinieblas que en seguida cubrieron toda la tierra, no contradice esta doctrina. Pero como los secretos de la misericordia y de la justicia de Dios son incomprensibles, y todas estas doctrinas en nada contrarian las máximas fundamentales de nuestra religion adorable, las trascribimos con fidelidad, sabiendo que para Dios no hay imposible.

amos al cielo; ya que os acompaño en la pena, para que os acompañe en la gloria, y ya que te conozco como Rey y Señor en el mundo, te vea, te goce y te posea como Señor y Dios en tu reino. Mirame ya, Señor, envuelto entre las ansias y agonías de la muerte; pálido el semblante, trabada la lengua, bañado de un sudor frio, palpitando el corazón y muriendo á toda prisa; atiéndome, Señor, no me abandones: *Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino.* Como te lo suplico, así lo espero.

Tan bellas disposiciones, tan sincero arrepentimiento, tan generosa fe, tan sólida esperanza, tan ardiente amor, tan franca, tan ingenua, tan pública y candorosa confesion, no podian menos de ser prontamente premiadas. Cristo pues, á quien basta una sola palabra en la muerte para olvidarse de las obras malas de la vida, aun de todas, viéndole confesar así, le concede perdon plenario, no solo de toda culpa, sino tambien de la pena, diciéndole estas tiernas y amorosísimas palabras: *De verdad te digo que hoy serás conmigo en el paraíso;* esto es, hoy vendrás á juntarte conmigo en la mansion destinada á los amigos de Dios, entre tanto que yo tomo posesion de mi herencia y te admito en ella en seguimiento mio. Antes que el sol se ponga en el mundo, me verás cara á cara en el otro. Hoy saldrás al puerto delicioso y bonancible, de en medio de este golfo de tantas amarguras y tormentos; hoy de la batalla irás al triunfo, de la aridez pasarás á la fuente, de las tinieblas á la luz, de la escasez á la abundancia, de la vanidad á la verdad, de lo temporal á la felicidad eterna. *Hoy serás conmigo en el paraíso.* Allí habrá gozo sin afliccion, salud sin dolor, luz sin tinieblas, descanso sin trabajo, honor sin ignominia, abundancia sin falta, vida sin muerte, gloria sin término. ¡Oh feliz pecador! ¡Oh dichoso y arrepentido! Llegaste en gran dia; llegaste cuando estaba el Redentor con la llave en las manos, y con la puerta de par en par abierta. Dichoso ladrón que acertó á llegar en tan favorable coyuntura! ¡Dichoso será tambien el que tenga la suerte de imitarle.

Durante la súplica hecha á su Eterno Padre para que perdonase á sus enemigos, y durante la promesa al ladrón, habia tenido Jesús clavada su vista al cielo, como tratando todavía con su Padre cuando convenia para la salud de los hombres; y bajándola repentina-

mente, á la tierra, registrándola desde la altura que ocupaba, divisó á lo lejos una tropa de personas tímidas y virtuosas, pero lloras, tristes y sobremanera afligidas, que se compadecían de él; entre ellas se ocultaban sus apóstoles, sus amigos, y algunas otras muy allegadas, cuya fe estaba como trémula, y cuya esperanza se hallaba furiosamente combatida y asustada. A pocos pasos se veía la tropa encargada de velar sobre su persona hasta después que hubiese espirado; á los piés de la cruz vió á su Madre santísima, tiernamente amada, é infinitamente respetada, á uno de sus discípulos, pero el mas amado é inseparable compañero de su querida Madre; á María, mujer de Cleofas, á María Salomé y á María Magdalena, la mas fiel, y la mas generosa de sus castas amantes; y sobre su cabeza contemplaba el Salvador un cielo, que si bien hasta entonces habia parecido de bronce, y que en nada se interesaba en su gloria, empezaba ya á cubrirse de nubes con un repentino desfallecimiento de la luz del sol. Extendíanse negras y densas tinieblas sobre Jerusalem y sobre la Judea toda; tierra ingrata, digna de ser sepultada en eterna oscuridad, las que duraron por espacio de tres horas, y no se acabaron sino con la vida de Jesús.

Dios habia de honrar el sacrificio de su Hijo, y el cielo y la tierra, y hasta las criaturas insensibles é inanimadas, habian de llorar y vestirse de luto en muerte del Dios Criador y conservador de todas ellas. Este era el principio de los prodigios con que Dios queria patentizar la divinidad de su Hijo amado á la faz de todas las naciones reunidas aquel día en Jerusalem, para que presenciasen el sacrificio de la VÍCTIMA SUYA, de la VÍCTIMA GRANDE, que se le habia de sacrificar sobre los montes de Israel [1]; y aunque á la vista de este primer prodigio, cuya causa no procuró la multitud furibunda averiguar ni penetrar, no se conmovió la multitud de los presentes, ni se retiraron los soldados, ni los judíos manifestaron arrepentirse ni temblar; y amigos y enemigos, todos se mantuvieron sobre el Calvario; con todo, impresionó tan espantosamente el corazón de María santísima, que á no haberla sostenido la gracia de Dios, allí hubiese muerto de repente; mas como ella conocia bien

[1] Ezequiel. cap. 39, v. 17.

á su Hijo, y estaba perfectamente instruida de sus grandezas, esperaba, aunque penetrada del dolor mas vivo, la manifestación de su gloria, á la que habian de dar mayor realce las humillaciones y el tormento de la cruz. Cerca estaba ya la hora en que habia de consumarse el sacrificio, y Jesús deseaba cerrar su testamento; vuélvese pues á su bendita Madre y á su discípulo querido, y con tres palabras que dirige á cada uno, cierra la cláusula mas admirable de su amor. MUJER, VE AHÍ A TU HIJO, dice á la Madre; y mirando después á Juan, continúa: VE AHÍ A TU MADRE. Dijo, y miró á entrambos; miró á todos, extendió su vista y su pensamiento hasta la consumación de los siglos.

Mira y llama á su Madre, á su Madre tierna, á su Madre amantísima, á su Madre afligidísima, á la que mientras viva esta vida mortal ya no dará otra vez el nombre dulcísimo de Madre; y no la llama sino mujer, temiendo que el nombre de madre no aumente su dolor, y contraponiendo el nombre de mujer en los momentos de la redención, á la idea y nombre de otra mujer en los instantes de perdición. Una mujer y madre primera al pié de un árbol y con el fruto del árbol, nos dió la muerte y nos abrió el infierno; y otra mujer y Madre segunda al pié de un árbol y con el fruto del árbol, nos dió la vida, cerró el infierno y nos abrió el cielo. En verdad que si para el hombre fueron estas palabras de sumo consuelo, para María una espada de dos filos que tocó hasta la división del alma y del espíritu [1]; cuanto era su dolor, puede fácilmente conocerse por el amor á su Hijo. La Madre de Dios sola tenia á su Hijo tanto amor, que sobrepujaba al de los hombres y los ángeles todos juntos; y si á proporcion del amor es la medida del dolor, como dice san Agustín, no habrá dolor alguno que pueda compararse con el de María [2]. San Anselmo añade: Que cuantas crueldades se ejecutaron en los cuerpos de los mártires, fueron leves ó nada en comparación de los dolores que con este motivo sintió la Madre de Jesús en el íntimo de su corazón [3]. Y san Bernardo concluye diciendo: Fué tanto el dolor de la Virgen en esta ocasion, que si se repar-

[1] Div. Paul. Ep. ad hebreos, cap. 4, v. 21.

[2] Div. August. lib. 21 de Civit. Dei. cap. 26.

[3] Div. Ansel. lib. de Exell. Virg. cap. 5.

tierra entre todas las criaturas, todas morirían de repente [1]. Mas ve aquí que mientras esta reina de los mártires padece junto á la cruz de su Hijo, sin derramar gota de sangre, el mas atroz de todos los martirios; mientras esta consoladora de los afligidos es acerbísimamente afligida é inundada con las olas espantosas de la tristeza, á nosotros se nos presenta abundantísimo campo de alegría y de consuelo; porque no solo á Juan, sino á cada uno de nosotros y á la Iglesia toda, dijo moribundo: *Ve ahí á tu Madre*. La Madre obedeció rendida la voluntad de Jesús y aceptó á Juan por hijo, y en su persona á todos y cada uno de los hombres. ¡Qué dicha tan incomparable! Y Juan, obedeciendo sumiso la intimación de Jesús, aceptó á María por Madre. ¡Qué felicidad! María es nuestra Madre, Jesús es nuestro hermano. Tanto amó el Eterno Padre al mundo, que le dió á su propio unigénito Hijo. Tanto amó el Hijo al mundo, que le dió su propia Madre; y tanto nos amó la Madre, que nos dió á su propio Hijo. Por nosotros no lo perdonó el Padre y lo entregó en manos de sus enemigos; por nosotros no perdonó el Hijo á la Madre y la traspasó su corazón amantísimo llamándola mujer; y por nosotros no se perdonó María á sí misma dándonos á luz sobre la cima del Calvario con los dolores de su corazón, aceptándonos por hijos en lugar de Jesús. ¡Oh bondad del Padre! ¡Oh caridad del Hijo! ¡Oh amor ardentísimo de María! ¡Cuándo sabrán los hombres reconocerlo y agradecerlo!

Desde aquella hora recibió Juan á María por su Madre, y tuvo para con ella un corazón de verdadero hijo; desde aquella hora se consagró al servicio de tan buena y cariñosa Madre con todos los afectos de su alma; desde aquella hora la llevó á su casa, y no quiso que su Madre tuviese otra fuera de la suya. Feliz por cierto en haber hospedado en este mundo á aquella Señora que trajo en su seno al Hijo único de Dios, con todos los dones y riquezas del cielo.

Después de este testamento amoroso hecho por Jesús, en el que manifestó tan explícitamente su voluntad y amor á Juan y á todos los hombres; y en el que prodigó las últimas atenciones de su vida mortal á la mas digna y afligida de todas las madres, no parece que

[1] Div. Bernard. Serm. 11, art. 4. o

le faltaba otra cosa, sino entregar su espíritu en manos de su Padre. Se habían extendido las tinieblas por toda la tierra, un rumor subterráneo se veía correr de Oriente á Occidente, y desde el Septentrión al Mediodía, indicando un temblor espantoso y un sacudimiento universal; conocíase el movimiento de las peñas para desgajarse de los montes, y era ya patente la turbación de la naturaleza entera. En esta especie de parálisis no parecía que el Eterno Padre quisiese hacer otra especie de demostraciones para acreditar la gloria de un Hijo que se le había hecho obediente hasta la muerte de cruz para acreditar la suya; levantó otra vez sus ojos de la tierra al cielo como para decirle: ¡Oh Padre! ya ves que nada me queda que hacer para que se salven todos los hombres: completa tú la obra y ciérrala con tu soberano decreto. Pero viendo aquel decreto eficaz de su Padre, de que solo se habían de salvar los escogidos, y que su sangre y su muerte se habían de frustrar en innumerables almas que habían de perderse, empezó con este mayor tormento á agonizar en su alma, aumentándose mas este profundo sentimiento cuando vió que cerrando resueltamente su Padre el decreto, lo dejaba padecer sin consuelo tantos tormentos en el cuerpo con tantos dolores en el alma; y viéndose así desamparado hasta de su Eterno Padre, porque tanto merecían los pecados por los que había salido fiador, se angustió y acongojó en tanto extremo, que rompiendo en un triste y doloroso gemido, se quejó amorosamente á su Padre del exceso de sus penas, mas por enseñar á los hombres lo que por ellos padecía, que por buscar algun alivio en su corazón, y dijo: ELI, ELI, LAMMA SABACTHANI. Esto es: DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO? ¿Por qué desde el punto en que por complaceros me entregué en manos de mis enemigos, no habeis hecho una de aquellas señales ruidosas que darían á conocer al mundo mi inocencia, mientras respiro aun, y harían confesar á este pueblo incrédulo, que el que han puesto en la cruz es vuestro Hijo único á quien habeis enviado?

Algunos de los que estaban allí presentes, como hubiesen oído la oración de Jesús, y no entendiendo el sentido ni la energía de las palabras *Eli, Eli*, decían: A Elias llama este; y otros repetían:

Veamos si vendrá Elías á librarlo y quitarlo de la cruz; y con este motivo repitieron muchos insultos y blasfemias contra Jesús; pero la verdadera significacion de sus palabras no era sino una prueba de los efectos naturales y de los deseos inocentes de un espíritu atribulado por las flaquezas de la humanidad paciente, y el exceso de sus penas y tormentos; y era el deseo de instruirnos acerca de lo que tanto nos importaba saber: esto es, que era verdadero hombre, y sensible á las miserias, y dolores, y á la muerte, como los demás hombres. Si Jesús no diera muestras de sentimiento y de lo mucho que pesaba la cruz, y hubiese conservado una apatía estoica ó aquella serenidad de ánimo, y el silencio que observó toda su vida y aun en su pasion, pudiera sospecharse que su cuerpo era fantástico ó que la Divinidad lo habia hecho impasible, y tal vez no apreciarian debidamente los hombres lo que por ellos padeció; por esto elama, se queja y dice: ¿Por qué me has abandonado? ¿por qué te alejas de salvarme, y de oír las voces con que clamo y las palabras de mi gemido? No te retires ni huyas de mí cuando tan cerca me amenaza la tribulacion y la angustia, sin haber quien me ayude y defienda. Rodeáronme muchos toros, y los fuertes de Basan me cercaron. Así como leon rapante y que brama, abrieron sobre mí su boca para devorarme. Cual agua fui derramado, perdí la consistencia y solidez, y todos mis huesos fueron desconjuntados. Mi corazón se ha desleído como cera y disuelto en medio de mis entrañas. Horadaron mis manos y piés, y pudieron mis huesos ser contados. Ellos lo ven, me miran y me desprecian. Mas tú, ¡oh Señor! no te alejes, fortaleza mia; apresúrate para ayudarme [1]. ¡Oh Padre! oye á tu Hijo en esta tan triste ocasion en que se halla; acuérdate que este es el mismo que enseñando á sus discípulos y á las turbas que le seguian, haciendo alarde de cumplir tu voluntad con la mayor exactitud, para que todos la cumpliesen tambien les decia: *Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió* [2]. *Yo siempre hago lo que le es agradable* [3]; y que para acreditar que

[1] Ps. 21, vs. 2 et seqs.

[2] Jaonn. cap. 4, v. 34.

[3] Idem. cap. 8, v. 20.

era Hijo tuyo y que tú le habias enviado, solia repetir: *Yo te he esclarecido sobre la tierra; he consumado la obra que tú me encargaste* [1], y qué tú mismo por dos veces declaraste Hijo tuyo diciendo: *Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias y delicias; oíde* [2]. Oyele pues ahora, y no le abandones ni desampares.

Después de esto, sabiendo ya Jesús que todas las cosas eran cumplidas, para que se verificase la Escritura, esto es, la única profecía que faltaba de su pasion durante su vida, dijo: *Sed tengo*. No era la sed el menor tormento de los que condenaban al suplicio de la cruz; por cuya causa tenian comunmente mucha compasion de ellos, y las mujeres caritativas le solian llevar algunas bebidas hechas de propósito para este fin, en las cuales mezclaban algun vinagre para darle mas punto, y para fortificar el corazón de los pacientes al tiempo de la ejecucion del suplicio, pudiendo acaso servir tambien para abreviar los dolores acelerando su muerte. Los soldados tenian, segun su costumbre, un vaso lleno de este licor, porque usaban de él cuando se apostaban y tenian que hacer guardia por largo tiempo; y como tenia tambien algo de refrigerante, usaban de ella los segadores en sus penosos trabajos; así fué que al oír un soldado la voz de Jesús, corrió inmediatamente, y tomando una esponja la empapó en aquel vinagre, y atándola en una caña con una rama de hisopo, la llegó á la boca del Salvador para que bebiese, sin proporcionarle otro lenitivo mas que las burlas pesadas, con las que al mismo tiempo le insultaban. ¿Quién podrá describir los motivos y fundamentos de esta sed tan terrible como misteriosa que padeció Jesús en esta ocasion?

Pegada al paladar aquella lengua benditísima, instrumento de tautas maravillas; secos aquellos labios amorosos con la amargura de tantos tormentos; exhausto de sangre y de sudor, era indecible la sed que con nueva y mayor congoja le afigia; por esto con ronca y tierna voz decia: *Sed tengo*. No es extraño que este verdadero Sanson, que clavado en el madero de la cruz, cerraba con su

[1] Idem. cap. 17, v. 4.

[2] Math. cap. 3, v. 17.

muerte las puertas del infierno y abría las del cielo, y que muriendo triunfaba, no de mil filisteos, sino de todo el poder del infierno y de la muerte, dijese como aquel después de la batalla: Tú diste á la mano de tu siervo este gran triunfo y victoria, y ahora muero de sed [1], porque siempre un cansancio terrible produce una sed espantosa. Pero si lo es que tenga sed el que llamaba en otro tiempo á todos los sedientos diciendo: *Venid á las aguas* [2]. Y si alguno está sediento, venga á mí y beba [3]; y lo es mucho mas que en el exceso de la sed amarguísima se le socorra con hiel y vinagre; pero era preciso se cumpliese lo que tantos siglos antes se había cantado por David [4]: *Diéronme y mezcláronme hiel en la comida, y para mitigar mi sed me dieron á beber vinagre*. ¡Oh Jesús! Si sois vos la fuente perenne de aguas vivas, ¿cuál es esa sed que tanto os obrasa y martiriza? Es sed insaciable de mas tormento por nuestra salud; es sed encendida y ardiente de almas y de lágrimas; es sed de amor y mas amor de las criaturas. Por esto cuando le presentan el vinagre lo gusta, pero no lo bebe; y conociendo que están ejecutados los designios del cielo, que queda plenamente satisfecha la justicia divina, que se han verificado los oráculos de los profetas, que queda concluida la obra de nuestra redencion, que las deudas de los hombres están ya solventadas y satisfechas, y que ya no les queda otra cosa que hacer que juntar sus trabajos al mérito de sus penas, exclama y dice: *YA TODO SE ACABÓ; YA TUVO TODO SU DEBIDO CUMPLIMIENTO*. Nada me queda ya que hacer; nada podia haber en beneficio y favor de los hombres, que no esté hecho. ¡Oh Redentor dulcísimo de las almas! En verdad que nada mas te queda que hacer: llegaste á la cumbre mas alta de la caridad y á la última raya del amor; cuanto pudo hacer tu amor, tanto has hecho y padecido. Bendito seas, Redentor adorable, por tan inmenso beneficio, por tan intensa y adorable caridad. Bendigante los cielos y la tierra. Bendigante las criaturas todas, y en debido agradeci-

[1] Judic. cap. 15, v. 18.

[2] Isaias. cap. 55, v. 3.

[3] Joann. cap. 8, v. 4.

[4] Psal. 68, v. 22.

miento de tan imperdonable beneficio, nunca jamás te ofendan, incessantemente te amen y eternamente te bendigan.

Con esta misteriosa y significativa palabra declaró el Salvador que había consumado su carrera y cumplido con fe todos los mandamientos de su Padre; y arrojándose enteramente en sus brazos, levanta su voz; y tomando el tono de un hombre lleno de fortaleza y vigor, dueño de retener su vida y de dejarla, dice de esta manera: *PADRE MIO, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU* [1]. No

[1] La opinion mas universal acerca del año en que tuvo lugar este tan trágico como memorable y grandioso suceso, es la que afirma que se verificó en el XVIII del imperio de Tiberio César, IV de la Olimpiada 202, segun Eusebio en su *Cronicon*; pero acerca de los años que tuviese entonces Jesucristo, son varias las opiniones de los padres.

San Ireneo en el *lib. 3 contra herejes*, capítulos 39 y 40, cree que Jesucristo murió en el año 46 de su vida á cerca del 50, y lo prueba, primero por la autoridad y tradicion de ciertos presbiteros de Asia, diciendo que ellos afirmaban haberlo oido á san Juan Evangelista, de modo que segun ellos habia predicado Cristo por espacio de diez y seis años. En segundo lugar lo infiere del relato que hace el mismo san Juan en el cap. 8, cuando los judíos dijeron á Cristo: *¿Aun no tienes cincuenta años y viste á Abraham?* Y en tercero, añade varias conjeturas ó pruebas de congruencia, porque dice, *convenía y era decoroso que Cristo santificase todas las edades; y porque esta edad mas avanzada y cargo de maestro, siendo Cristo Maestro tambien de los ancianos*. Pero esta opinion de san Ireneo está desechada por todos los padres como repugnante y contraria á la verdad Evangélica, como después diremos.

La segunda opinion que se atribuye á san Epifanio, asegura que Cristo murió habiendo cumplido el año 32 de su edad, y después de tres meses de comenzado el 33. Así lo afirma Juan Lucido en el tratado *De la enmienda de los tiempos*, lib. 7, cap. 2; y en un opúsculo sobre manera elegante que intituló: *Del día verdadero de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo*; Driedeo, en el *lib. 3 de los Dogmas*, tratado 3.º cap. 5, § 4.º El Tostado, *paradoja* 2.ª, desde el cap. 11 hasta el 20; Melchor Cano, *De Locis*, lib. 11, cap. 5 y 6; y Benedicto Pererio, lib. 11, sobre *Daniel*, cuestion 7.

La tercera es de san Ignacio, que en la *Epistola* 1.ª á los *Trallianos* afirma: Que Jesucristo padeció después de haber concluido el año 33 de su edad; esto es, después de tres meses de empezado el 34. Cuya sentencia sigue Beda, asegurando en el *lib. De Ratione temporum*, que esta es la fe de toda la Iglesia, que confirman el uso y tradicion constante de la misma. Esta misma doctrina tienen tambien Mariano, Scoto, en su *Cronicon*, Onufrio en los *Fastos*, Genebrado en su *Cronicon*, y el cardenal Baronio en sus *Anales* año 34, el que cita á san Crisóstomo, Cedrenio, Niceas y san Gerónimo, cuyos autores dicen que Cristo fué crucificado habiendo cumplido 33 años y tres meses.

fué esta una súplica que hizo al Eterno Padre para pedirle su proteccion como lo hacemos los pecadores que vivimos y morimos en la incertidumbre de nuestra salud, sino que fué la consumacion del sacrificio que hacia de su vida; una aceptacion voluntaria de la

Julio Africano y Tertuliano, dicen: Que Cristo padeció en el año XV del imperio de Tiberio César; pero esto es enteramente falso y contrario á la verdad Evangélica; vease si no á san Lucas, cap. 3.º, y se verá que en este año fué Cristo bautizado, y que después del bautismo empezó su predicacion, que duró 3 años y tres meses. Con esto queda tambien plenamente refutada la opinion de san Ireneo, y que las tradiciones que se dicen hechas por aquellos presbíteros de Asia son enteramente falsas y apócrifas; y sobre todo, que la expresion dicha por los judíos á Cristo, "aun no tienes cincuenta años," solo indican la majestuosa gravedad que siempre resplandeció en el semblante de Cristo, atendida la severidad de su vida y el continente modesto que en ella guardó.

Asimismo son muy varias las opiniones sobre la fijacion del mes en que murió Jesús. Marcelo Francolio, en el libro 1.º de las Horas canónicas, cap. 74, dice: Que hay algunos que aseguran fué el abril, y en su día 16; otros señalan el día 2, y otros el 3 del mismo mes, y otros el 6, como después diremos, cuya opinion siguen otros varios autores como mas probable, atendidas las tablas del rey D. Alfonso, los cómputos eclesiásticos por el aereo número, y las letras eclesiásticas del año 34 de la edad de Cristo; demostrando por todo esto, que ni en algunos años antes, ni en algunos otros después cayó la luna XV del mes en la feria IV de la semana, ni aun en el mes de marzo. El venerable Beda en el libro De Ratione temporum, cap. 59, opina que Cristo murió el 26 de marzo, pudiéndose citar en favor de esta opinion á san Epifanio, lib. 4.º, cap. 10, que dice: Que el día sétimo de las kalendas de abril murió Cristo. Lo propio afirma Onufrio en su Cronicon, en el año 34 del Salvador. Otros afirman que este grande acontecimiento se habia verificado el 31 de marzo, y otros en el día 7, otros el 18, y otros el 22, como lo refiere el citado san Epifanio en el libro de las Heregias, cap. 50. San Anselmo, en la exposicion del cap. XXVII de san Mateo, dice que fué el día 21. Por lo que dice el venerable Beda en el lib. del Equinocio Vernal, se demuestra, que Theophilo Cesariense afirma que murió el día 24 de marzo. El mismo Beda en el cap. 65 del lib. De Ratione temporum, parece seguir definitivamente esta misma opinion. Ella fué la de la Iglesia de Francia: la de Eusebio Cesariense, como puede verse en Turriano, lib. 1.º Constitutionum Apostolicarum, cap. 16. En Lactancio, lib. 4.º, Divinarum institutionum, cap. 16, y en otros varios autores.

El eruditísimo padre Eduardo Corsino, de la esclarecida religion de clérigos regulares de las Escuelas Pias, profesor de filosofia en la insigne academia de Pisa, en el tomo 3.º de sus Instituciones filosóficas, edicion de Venecia del año 1743, tratado 1.º de la Física particular, disputation 2.ª, capitulo 5.º, pág. 211; queriendo al parecer zanjar de una vez tantas dificultades, se tomó el impropio trabajo de procurar fijar la verdadera época de la Era Cristiana, y dijo: El principio de esta época céle-

muerte que miraban tan próxima, y á la cual se ofrecia generosamente: así depositó su alma en manos de su Padre y espiró en aquel punto aquel por quien alientan, por quien suspiran y respiran, y por quien respirarán todos los espiritus bienaventurados, así de

bre, segun el comun asentimiento de la Iglesia, se establece después del cómputo formado por Dionisio el Exiguo, en el año 46 de Juliano, esto es, de la reformation hecha por Julio César, ó en el 4714 del Período Juliano; de modo que segun esta hipótesi, Cristo debió nacer el día 25 de diciembre del año Juliano 45, el que debió ser el 4713 del Período Juliano; el 4004 de la Creacion del mundo; el 753 de la fundacion de Roma; y el 4.º de la Olimpiada 194.

Pero los historiadores y cronólogos mas ilustres y críticos demuestran, que Cristo nació cuatro años antes del principio de esta época Dionisiana, ó que fijó Dionisio, á saber, el 25 de diciembre del año Juliano 41, del Período Juliano 4709, de la Creacion del mundo 4000, el 4.º de la Olimpiada 193, el 749 de la fundacion de Roma, el 40 del imperio de César Augusto, después de la muerte de Julio César, y el 46 del reinado de Herodes el grande; de lo que resulta que la Época ó Era Cristiana empezó verdaderamente en 1.º de enero del año Juliano 42; del Período Juliano 4710, y de la fundacion de Roma 750. Siendo pues cierto y constante por el Evangelio que el nacimiento de Cristo y su manifestacion á los magos de Oriente sucedió en el año antes de la muerte de Herodes el grande ó el infanticida, en este mismo debe colocarse definitivamente el principio de la Era Cristiana.

Que muriese Herodes en este año, consta por muchas autoridades del célebre historiador Josefo, y por muchas observaciones astronómicas. Muere Herodes, dice Josefo, lib. 1.º de bello Judaico, cap. 12, el año 34 después que hubo asesinado á Antígono y ocupado su reino, y el 37 después que fué declarado rey por los romanos; y lo mismo repite en el lib. 17 de las Antigüedades, cap. 10, y en el 21 del lib. 1.º De Bello Judaico; añadiendo, que obtuvo el mando supremo de la Olimpiada 184, siendo cónsules Cayo Domicio Calvino y Cayo Asinio; esto es, en el año 214 de la fundacion de Roma. En el año 6 de Juliano sitió á Jerusalem, la que rindió tres años después; y viniendo á Antígono, le privó del reino y de la vida en el año 717 de la fundacion de Roma y 9 de Juliano; siendo cónsules Marco Agripa y Canidio Gallo, en el mes 3 de la Olimpiada 185, ocurriendo en aquel mismo tiempo la gran calamidad que Pompeyo ocasionó á los judíos. Así se lee en el capítulo 28 del mismo libro de Bello Judaico. Conviene por tanto notar muy particularmente, que Herodes recibió las insignias de rey en Roma, empezando el verano del año 6 de Juliano, el 714 de la fundacion de Roma, y antes que acabase la Olimpiada 184 y empezase la 185; la que segun advierte Calvisio, empezó cerca del solsticio del verano; esto es, el 17 de agosto. Si pues Herodes murió 37 años después de haber recibido las insignias de rey en Roma, y 34 después de tomada Jerusalem y destronado á Antígono, y antes del solsticio del verano del año 714 de la fundacion de Roma, y ocupó la ciudad de Jerusalem, empezando el verano del año 717 de la misma fun-

los hombres como de los ángeles. Entregó Cristo su cuerpo á la potestad de los judíos, para que á su arbitrio, empleando toda su crueldad, le destrozasen, le hiriesen, le martirizasen; mas no tenían potestad alguna para maltratar su espíritu. Solo pues reservó su

dación, á saber, en *el mes tercero*, como dice Josefo, siguese claramente que murió en *el 751 de la dicha fundacion de Roma, y 43 de Juliano*.

Todo esto se confirma por aquel grande eclipse de luna que sucedió, segun refiere Josefo, en la misma noche en que asesinado Matías, engañador del pueblo, por orden del mismo Herodes, que estaba bastante malo, de cuya enfermedad murió poco tiempo después. Aquel eclipse, que duró por espacio de tres horas, sucedió *el año 42 de Juliano, dia 13 de marzo*, tres horas antes de salir el sol, y la muerte de Herodes acaeció *el día 25 de noviembre* inmediato, como se lee en el Calendario Judaico.

Ultimamente, viene todo lo dicho á adquirir una mas amplia confirmacion y mayor grado de certeza, atendido el número de años que obtuvo el reino Arquela, sucesor de su padre Herodes. Josefo, en *el lib 17 de las Antiquedades, cap. 15*, dice: Que en el año undécimo de su reinado fué desterrado por el César á Viena de Francia; esto es, acabado el año noventa y empezó el décimo; y como este destierro sucedió en *el año 759 de la fundacion de Roma y el 51 de Juliano*, siendo cónsules Marco Emilio Lepido y Lucio Arancio, claro es, que la muerte de Herodes se verificó en *el año 42 de Juliano*.

Habiendo sucedido pues el nacimiento de Cristo, como consta por la tradicion unánime y conforme de la Iglesia Oriental y Occidental, el día 25 de diciembre del año anterior, es decir, *del año 41 de Juliano, del 749 de la fundacion de Roma, del 4709 del Periodo Juliano, y del 4000 de la Creacion del mundo*, siendo cónsules *Augusto XII y Lucio Cornelio Sulla*, debe contarse como año 1.º de la Era Cristiana, *el 42 de Juliano, el 750 de la fundacion de Roma, el 4710 del Periodo Juliano, y el 4001 del mundo*. Y como el imperio de Tiberio César hubiese empezado en el año 59 de Juliano, en *el 761 de la fundacion de Roma, en el 4727 del Periodo Juliano*, en el que murió César Augusto en 19 de agosto, es preciso que el año 15 del imperio de Tiberio Cesar, en que san Juan predicó el Bautismo de Penitencia, tal vez el mes sétimo, que correspondia á nuestro octubre, y por los judíos se llamaba *penitencial*, empezase en el año 73 de Juliano, *el 781 de la fundacion de Roma, y el 4741 del Periodo Juliano*; y que el bautismo de Cristo, que por una antiquissima y constante tradicion de la Iglesia se celebra el 6 de enero, se verificase *el año 75 de Juliano, el 783 de la fundacion de Roma, y el 4743 del Periodo Juliano*. Así que, habiendo Cristo celebrado cuatro veces la Pascua después de recibido el bautismo, á saber: La primera, cuando arrojó del templo á los que en él compraban y vendian, como se lee en san Juan, cap. 2, v. 14. Segunda, cuando sanó al paralítico (Ibi. c. 5). Tercera, cuando con cinco panes sació cinco mil hombres (Ibi. c. 6); y cuarta, cuando después de haber comido el Cordero Pascual, entregó su cuerpo á sus discípulos y á la muerte; es evidente que debió ser crucificado, y morir *el año 78 de Juliano, el 786 de la fundacion de Roma, y el 4747 del Pe-*

espíritu para entregarlo al Padre, y para que el Padre se lo volviese después de tres dias y le restituyese á su cuerpo. Inclino su cabeza y murió de amor el amador eterno de los hombres. Murió, y el universo entero se poseyó de terror. . . .

17.

Sucesos extraordinarios que se verificaron en la muerte de Jesús; pide José á Pilatos el cuerpo del Salvador, y bajado de la cruz es depositado en los brazos de su santísima Madre, y después es sepultado.

Murió Jesús, y si antes hubiese faltado alguna cosa para demostrar que era verdadero Dios, los acontecimientos y sucesos que se verificaron en su muerte lo hubiesen justificado; de repente parece que hizo el cielo señal, y cielo y tierra comenzaron á padecer, de-

riodo Juliano, dia 3 de abril, en cuyo día y año cayó precisamente la *Feria 6, y la luna 13, habiendo cumplido Cristo 36 años de edad, tres meses, y nueve dias*.

La última opinion empero, y la que es mas segura al parecer, mas usada y mejor recibida, es la que asegura que Cristo murió el día 25 de marzo; de esta afirma el venerable Beda, *De Ratione temporum, cap. 28 et 45*, que la enseñaron muchos padres y doctores. Entre estos pueden contarse san Agustín, *lib. 4.º de Trinitate, cap. 5 et 18. De Civitate, cap. último, lib. 83, Quæstionum, quæst. 56*. San Juan Crisóstomo, *Sermon del nacimiento de san Juan Bautista, y Super Joann, cap. 2*; San Antonio, arzobispo de Florencia; Platina, Usuardo y otros. En este día pues, *25 de marzo, feria 6, ó en el día de Parasceves*, como dice san Mateo, cap. 27, y san Marcos, cap. 15, murió Jesucristo, y fué sepultado *á los 33 años y tres meses de su edad*. En obsequio á la muerte de Jesús en la feria 6.º Parasceves, siempre fué este día santificado de un modo mas particular por los cristianos, como lo enseña san Agustín, *lib. 4.º De Trinitate, cap. 1.º Epistola 116 ad Januarium, cap. 13, 14 et 15*; cuya carta tambien se halla entre las de san Gerónimo, tom. 9. Por esta razon se mandó, y se ha observado desde el principio, que los fieles se abstengan en estos dias de comer carne, como consta en el lib. 1.º, cap. último de las Constituciones de san Clemente, y el lib. 7, cap. 22 y 24. Por san Ignacio, *Epist. 8, á los philipenses, cerca del fin*. San Clemente Alejandro, *lib. 8; Stromat, y otros varios*. Y en fin, porque convino, dice san Ireneo, *lib. 5.º*, contra los herejes, que Cristo muriese en el mismo dia en que el hombre fué criado, ya que moria por redimirlo y como para recrearlo.

jando de padecer aquel á quien estaba dada toda la potestad en el cielo y en la tierra. Llegaba el sol al medio de su carrera, cuando extinguidas todas las lumbreras, cubrió el mundo una densa, oscura y tenebrosa noche como la de Egipto: todo el aire se cubrió de tinieblas horriboras, y el día no presentaba sino el aspecto horrible de la mas lóbrega y tormentosa noche; tanto, que admirado el grande Dionisio Areopagita, que no contaba mas que veinticinco años de edad, y se hallaba en Heliópolis, ciudad de Egipto, estudiando astrología con Apolophanes su compañero, no pudo menos de exclamar: *O del mundo la fábrica fenece, ó el Dios de la naturaleza es quien padece*; comprendiendo desde luego que las tinieblas tan largas y espantosas no podían verificarse, ni suceder en aquella hora y día, sin un milagro claro y evidente. Los filósofos atenienses que se hallaban en el Areopago, comprendieron lo mismo que su paisano Dionisio, y erigieron un altar al Dios de la naturaleza que tan ostensiblemente padecía, aunque ellos no lo conocían; por cuya razon lo consagraron al *Dios no conocido*, *IGNOTO DEO*, como se lee en los Actos de los apóstoles. La tierra sacudida desde sus mas profundos cimientos, estremecida con temblores, vacila y fluctúa en todos sus ejes, se mueven los sepulcros, se levantan las tumbas, rás-gase de arriba abajo el velo del templo y se rompe en dos partes; los elementos se amotinan, la naturaleza parece vuelve á su antiguo caos, y todo lo criado se mira como perecer con el Criador [1]. Aun-

[1] Aunque Orígenes quiso decir que las tinieblas que sucedieron en la muerte del Salvador se extendieron solamente sobre la Judea, el venerable Beda, en el libro que intituló de sus *Anotaciones*, refirió cumplidamente esta opinion juntamente con la de Erasmo, fundado en las observaciones de san Dionisio Areopagita, de Apolophanes, y de los filósofos de Areopago; y convino en que aquellas tinieblas eran milagrosas; porque verificándose en la luna décimaquinta en que se celebraba la Pascua, la luna se hallaba en oposicion directa con el sol, y no podia ser en manera alguna un eclipse natural, puesto que esto no se verifica, sino por la conjuncion de los dos planetas.

No es muy grande el inconveniente que se presenta para convenir en que fuese un verdadero eclipse, toda vez que se conviene, como no puede menos de convenirse, en que cuanto sucedió entonces todo fué milagroso; milagro, y muy grande es, el que se muda el curso de la luna, como necesariamente debió en esta ocasion mudarse para que sucediera el eclipse. Mas en los eclipses siempre el oscurecimiento empieza por la parte de Oc-

que es verdad que al abrirse los sepulcros salen de ellos los cuerpos de muchos santos, que sin esperar la resurreccion general resucitaron con el Salvador, como si la muerte no hubiera sido para ellos sino un sueño. Vinieron á Jerusalem, y se dejaron ver en esta san-

cidente, porque todos los planetas tienen dos movimientos, el propio y el comun; y como la luna es mas veloz en su movimiento propio que todos los demás planetas, cuando llega al cuerpo del sol, viene desde el Occidente; pero en la muerte de Cristo venia desde el Oriente, y así fué que no empezó la iluminacion por donde habia empezado la oscuridad; pues viniendo la luna desde Oriente al cuerpo del sol, debió retroceder haciendo san Pablo estas palabras y otras muchas reflexiones á san Dionisio, y á otros muchos de sus compañeros, convirtió á algunos de ellos. De este acontecimiento tan memorable escribió Phlegon, el gran computador de las Olimpiadas, diciendo en el libro 14: *En el cuarto año de la Olimpiada 202, sucedió una defeccion ó deliquio del sol el mas grande y extraordinario que jamás se habia visto, pues á la hora de sexta se convirtió el día en una noche tan oscura, que se vieron las estrellas del cielo. Lo que demuestra que no eran nubes las que impedían la luz del sol, y que por consiguiente las tinieblas ocuparon toda la tierra; cuya opinion confirman san Crisóstomo, Teophilacto y Euthinio, diciendo: Moria el Señor de todo el mundo, y moria por todo el mundo; todo el mundo pues debió vestirse de luto.*

El grande terremoto que sucedió tambien en la muerte de Jesús fué asimismo universal y vehementísimo, de modo que tembló toda la tierra como arrancada y conmovida de su centro; lo que parece fué profetizado por Job cuando dijo: *El conmueve la tierra de su sitio y hace bambolear sus columnas. El manda al sol, y no naee; y encierra las estrellas como bajo de sello.* (Job. cap. 9, vs. 6 et 7.) Sobre lo que Phlegon, citado por Orígenes y Eusebio en su Cronicon en el año 33 de Cristo, dice: Que este terremoto se sintió generalmente fuera de la Judea; que en su consecuencia se arruinaron muchas casas en Nicea de Bithinia. Plinio, en el lib. 2.º de su Historia natural, cap. 84, afirma: Que en los tiempos de Tiberio, y en el que padeció Cristo á consecuencia de un grande y espantoso terremoto, se arruinaron diez ciudades en el Asia. Y el cardenal Baronio, en su Apparato de los Anales eclesiásticos, en el año 34 de Cristo, asegura: Que á causa del mismo terremoto se abrieron y rasgaron muchos montes en varias partes del mundo. Los habitantes de Hetruria aseguran por una tradicion firme y constante, que se abrió el monte de Alvernia, que se rasgó el promontorio de Cayeta, formándose en uno y otro lado horrendos precipicios.

A mas de estos prodigios, dícese tambien que el velo del templo se rasgó de arriba abajo; pero conviene notar con claridad cuál era el verdadero velo del templo que se rasgó: vulgarmente hablando, habia dos velos en el templo; el uno cubria el *Santo ó Santuario*, como dicen algunos, y el otro cubria el *Sancta Sanctorum*. El *Santo ó Santuario* era como una nave del templo, en el que entraban cada día los sacerdotes; pero el *Sancta Sanctorum* era la parte santísima donde nadie entraba sino el pontífice, y esto una sola vez al año, en la fiesta de la Expiacion; por cuya razon siem-

ta ciudad, en donde se aparecieron á muchas personas después que resucitó Jesús, que es el primogénito de la resurreccion, como dice san Gerónimo [1], y el primero entre los vivos y entre los muertos, para que se entienda que no resucitaron inmediatamente después de la muerte de Cristo, sino después de su resurreccion, y que después fué cuando se dejaron ver.

Si los corazones de los judíos no hubiesen estado poseídos de pasiones tan mezquinas y feroces, no hay duda que tantos y tan grandes prodigios debieran haberles ablandado; pero dominados de un furor mas bien infernal que frenético, se irritaban con los portentos: ningun prodigio bastaba para curarlos. El Hombre-Dios que habia acreditado á su vista tener poder sobre los vivos y los muertos, y sobre los mismos infiernos, habia muerto ya, y no les parecia ya temible. No podian negar ya los prodigios, y los explicaban con blasfemias, empleando toda su malicia y todo el ascendiente que

pre estaba cerrado con el velo. San Gerónimo, en la Epístola 150 á Hedibia, dice: Que el velo que se rasgó fué el que cubria el Santuario, como mas exterior y mas visto del pueblo. Pero san Leon en el sermón 10 de pasion, san Cirilo Alejandrino en el capítulo sobre san Juan, Euthymio y Cayetano, á los que sigue Cornelio A. Lapide, afirman que el velo que se rasgó fué el que cubria el Sancta Sanctorum; porque este era el que propiamente se llamaba velo del templo; esto es, del lugar mas santo que habia en él. San Gerónimo y san Crisóstomo sobre este mismo capítulo 27 de san Mateo, dicen: Que en este tiempo se oyeron grandes voces en el templo, sin saber quién las pronunciaba; las que repetian: *Marchemos de este lugar*; aunque asegura *Platina*, que es incierto que se oyesen estas voces en el tiempo de la pasion; y Suarez en la cuestion 50, artículo 6, seccion 2, dice: Que *Josefo*, de cuyo testimonio usan san Gerónimo y Eusebio, afirma, que esto sucedió por el tiempo de Pentecostés, poco antes de la ruina de Jerusalem, lib. 2, *De Bello Judaico*, cap. 13, y en el lib. 7, cap. 12. Otra cosa cuenta Eusebio en el lib. 5, *De Preparatione*, cap. 9, tomada de Plutarco, y es, que viajando algunos romanos desde el Egipto á Italia, hallándose cerca de unas islas que llaman las *Echinadas*, se oyó una voz que mandando al capitán del barco le dijo: Cuando te hallares junto á la laguna, grita y anuncia que el GRAN PAN HA MUERTO; y habiéndolo hecho así, se oyó un grandísimo clamor de muchos que huían de aquel lugar. Finalmente, *Pauto Bacio* refiere otro prodigio sacado de una revelacion de santa Brígida, y dice: "Que en el mismo instante en que Jesucristo espiró, todos los hombres que estaban esparcidos por todo el mundo, se vieron poseídos repentinamente de horror y de temor, aun que ignorando la causa que motivaba su sobresalto."

[1] Div. Hieronim. in cap. 27 Math.

habian adquirido sobre el pueblo en desacreditarlos, precipitándose cada vez mas en el abismo insondable de la perdicion eterna. El centurion empero ó jefe de la guardia pretoriana, que estaba cerca de la cruz, habiendo oido las palabras que aquel hombre reditido á la agonía pronunció desde ella, observando el estremecimiento de la tierra bajo sus piés, y prodigios tan extraordinarios y horrosos en el cielo, en la tierra y en la naturaleza toda; sobrecogido de temor, turbado en su espíritu, adoró la sabiduria de Dios que habia permitido las humillaciones del justo, dió testimonio de la verdad, y sin temor alguno del desprecio que de él podian hacer los judíos, exclamó en presencia de todo el mundo: EN VERDAD QUE ESTE ERA HIJO DE DIOS. El cielo por tal le declara. El mismo lo habia dicho; se le ha perseguido sin causa; era inocente. Los soldados que estaban cerca del centurion fueron de su mismo parecer; gritaron con él y repitieron sus palabras. Este fué el primer anatema que el mundo gentil pronunció contra la Sinagoga. Estaba escrito ya en el cielo, y lo repitió indignada la tierra. Los hijos de la luz quedaron entre tinieblas, los hijos de las tinieblas vinieron á la luz. La Sinagoga quedó proscrita para siempre; y á pesar de todas sus mañas, persecuciones y arterias, no pudo impedir que una gran parte del pueblo detestase sus errores, condenase sus procedimientos, y se pasase al partido del Crucificado [1].

[1] Agítase y controvértese con calor entre los escritores quién fuese ese centurion ó jefe de la guardia Pretoriana, que tuvo tanto valor para clamar á la presencia de los ministros de la Sinagoga y del pueblo alborotado, con un grito que condenaba todos sus procedimientos ó injusticias, confesando por Hijo de Dios al que acababa de morir en la cruz. Lucio Dextro en su Cronicon, en el año 34 de Cristo, dice: Que ese fué Cayo Oppio, español; que después fué bautizado por san Barnabás, ó Bernabé, como quieren otros, y era hermano de Cornelio, español tambien, y centurion; que segun se lee en los Actos de los apóstoles, fué bautizado por san Pedro, y de quien dice el mismo Lucio Dextro, que fué el primero que predicó en España, su patria, el Evangelio de Jesucristo. Algunos otros indicó al cardenal Baronio en su Apparato á los Anales eclesiásticos, en guiendo al mismo año 34 de nuestra salud, creen que fué un tal Longinos, soldado, hebreo de nacion, y de la Sinagoga de los judíos, segun *Metaphrastes*, asiático, de la provincia de Isauria segun otros; ó como otros en fin opinan, romano, y de la familia Cassia, ó de los Cassios, que tenia por sobrenombre Longinos. Así lo asegura *Greterero*, lib. 1.º De Cruce, cap. 33, y

Tantos y tan grandes trastornos obligaron á las turbas á que desocupasen inmediatamente el Calvario, bajándose unos mas endurecidos, y otros dichosamente desengañados y convertidos. Aquellas personas mas alagadas á Jesús, ya en razon de amistad, ya en ra-

otros; y lo infieren por la conformidad del nombre y del martirio. El Martirologio romano llama Longinos al soldado que abrió con su lanza el pecho del Salvador, y dice que sufrió el martirio por la fe de Cristo en Cesarea de Capadocia. Lo mismo se dice del centurion que confesó que Jesucristo era verdadero Hijo de Dios, por los portentos que se verificaron en su muerte; y hecho después prigionero de su resurreccion, renunciando la milicia, se retiró á Capadocia, donde entregado enteramente al servicio de Dios, fué preso por los judíos y martirizado el dia 15 de marzo. El mismo Martirologio romano, y Usuardo, señalan el martirio de Longinos en el mismo dia, aunque los griegos en su Menologio lo señalan el dia 16; y añaden en este el nacimiento de dos soldados, que sufrieron el martirio por el nombre de Cristo. Metafrastes asegura, que el propio dia 16 se cortó la cabeza á Longinos; en cuyo parecer están tambien Luis Lippomano, tomo 6; y Surio, tomo 2.º; todo lo que da lugar á muchos para decir, que Longinos fué aquel centurion; en favor de cuya opinion están Pedro de Natalibus, lib. 3, cap. 201; Daniel Mallonio, en sus comentarios sobre el sagrado Sínodo, y Miguel Palacio en su exposicion sobre el Evangelio de san Juan.

Otros creen con algun mayor fundamento que el Longinos centurion no es el Longinos soldado que hirió con la lanza el costado de Cristo; porque este era el súbdito y aquel era jefe; como así lo insinúa el venerable Bada en su Martirologio, dia 15 de marzo, diciendo: Longinos, que militaba bajo las órdenes de centurion romano en la pasion del Señor, fué el que abrió su costado con la lanza, estando aun clavado en la cruz. Por consiguiente, se ve claro que fueron dos Longinos, uno jefe y otro soldado; el primero vistos los prodigios, se convirtió; y no parece regular que un hombre convertido y que reconocia la divinidad de Jesús empuñase un hierro para herir inhumanamente su cuerpo después de difunto. Esta opinion está confirmada por santa Brígida, lib. 6, cap. 15, donde dice: Vino un soldado corriendo con gran furia, y clavó con tanta fuerza la lanza en el costado derecho de Jesús, que parece queria hacerla salir por el otro lado. Esta misma es tambien la del autor de la Historia Scolástica, cap. 179, donde dice: "Como instaba el dia de la Pascua, los judíos rogaron á Pilatos se quebrasen las piernas de los ajusticiados y se quitasen los cuerpos de las cruces, porque su vista horrible no causase recuerdos amargos en el dia de tanta solemnidad. Cumplióse la ceremonia triste con los ladrones, y habiendo observado que Jesús estaba muerto, cogió un soldado la lanza y traspasó su costado derecho, saliendo inmediatamente sangre y agua." El que le hirió, añade Pedro Comestor, padecia una enfermedad de ojos; y habiéndole caído casualmente en ellos una gota de sangre, vió desde luego con claridad. Lo mismo afirma san Antonio, parte 1.ª de la Historia, tit. V, cap. VI, § VII; y á este sigue san Vicente Ferrer, Serm. de Pasion, añadiendo ó variando solo en el modo como se verificó este milagro; pues dice: Que la sangre de Jesús corrió por la asta de la lanza á

zón de parentesco, entre las que se hallaban aquellas tres santas mujeres que le habian asistido y seguido, así en Galilea como en su último viaje á Jerusalem, entre las que se notaban Maria Magdalena, Maria madre de Santiago el menor, y de Josef, Salomé, mujer del Zebedeo y madre de los dos discípulos singularmente queridos de su Maestro, tuvieron con este motivo mas libertad y ocasion para acercarse á la cruz y reunirse con la Madre amantísima del Salvador, ya con el santo y piadoso designio de consolarla y llorar con ella, ya con el de presentar al Maestro divino los honores y obsequios de la sepultura. Acercáronse tambien algunos apóstoles y discípulos de Jesús que de lejos habian asistido al espectáculo, y la desconsolada Madre se vió rodeada sin pensar de hijos cariñosos y fieles que en cumplimiento de la voluntad de su Hijo venian á tributará entrambos los homenajes del amor mas compasivo y tierno, y los respetos de la sincera fidelidad.

Mientras tanto que la cumbre del Gólgota, teatro hasta entonces de fiera, horrores y sacrilegios, se convertia en asilo y santuario de la piedad, Jerusalem, dominada por el furor de los escribas, sin inquietud alguna por el horror de su deicidio, y ocupada en las prevenciones de la fiesta para que se disponian, solo cuidó de que se llevase á cabo la obra de su iniquidad si algo le restaba que hacer. Con arreglo á la ley, era preciso quitar de la cruz los cuerpos de los ajusticiados; y como casualmente concurría el sábado con la celebracion de la Pascua, creyeron mas que nunca conveniente el cumplimiento de esta ceremonia para quitar de la vista del pueblo aque-

las manos del soldado, y que tocando luego los ojos, recobró inmediatamente la vista. San Buenaventura en el libro de sus Meditaciones, cap. 19, y siguiendo á san Isidoro, manifiesta, que Longinos era tan solo privado de la vista de un ojo, y que al tocarle la sangre de Cristo, quedó iluminado exterior é interiormente; porque recobró la vista del cuerpo, y su alma quedó iluminada con la luz de la fe. El cardenal Baronio, en sus notas al Martirologio romano, dice: Que su cuerpo se guarda en Roma; y su alma quedó en Mantua, en cuya ciudad padeció martirio por la fe de Cristo, y que allí se halla tambien una esponja empapada con la sangre del Salvador que salió de su costado, la que trajo desde Jerusalem el mismo Longinos en el año 36 de la Era Cristiana, encerrada en una arquita de plomo; sobre lo que puede verse á Fernando Ughello en su Italia sagrada, tomo 1.º

los objetos de terror. Rogaron por lo mismo á Pilatos que se quebrasen los huesos de los ajusticiados y se quitasen los cuerpos de las cruces. Pero cubiertos con esta sombra legal y con la apariencia de la piedad, su verdadero objeto era minorar, ó por lo menos mitigar en cuanto les fuese posible los remordimientos atroces de su conciencia por la muerte dada al Salvador. Concedió Pilatos lo que pedían, y en efecto se rompieron las piernas á los ladrones; pero habiendo llegado á Jesús y observado que había muerto, no se las quebraron, sino que empuñando un soldado una lanza, le abrió el costado, lo cual hizo, ó por dar á sus enemigos seguridad de su muerte, ó bien impulsado por una fuerza interior que no conocía, para que se cumpliese lo que estaba escrito [1]: *No quebrantareis los huesos del Cordero*. De la herida salió inmediatamente sangre y agua, ó bien para demostrar que el Hijo de Dios tenía verdadero cuerpo y de la misma especie que el nuestro, ó ya para señalar el efecto principal de su pasión, que era borrar nuestros pecados y lavar todas nuestras manchas, segun estaba escrito por Zacarias [2]; ó en fin, para excitar en todos los habitantes de la tierra un sentimiento de admiración y llanto, el mas grande que jamás se hubiese visto, como se había dicho por él mismo [3]: Yo derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalem el espíritu de gracia y de oración, *porque les enseñaré á orar desde la cruz, y clavado en ella les mereceré la gracia*, y pondrán sus ojos en mí, á quien traspasaron, y planificarán *al que han herido*, así como suele planificarse un hijo único, y harán duelo con él como se suele hacer en la muerte de un primogénito. En aquel día será grande el llanto en Jerusalem, y se pondrá de luto toda la tierra.

Cuando los pontífices y escribas no maquinaban sino la consumación de sus iniquidades, un magistrado justo, que á pesar de su destino nunca había intervenido en las infernales maquinaciones de aquellos, y que era discípulo oculto del Salvador, originario de Arimathea, antes Ramathaim, ciudad de Judá, el que se llamaba José,

[1] Exod. cap. 12. v. 16. Numer. cap. 9, v. 12.

[2] Zacar. cap. 13, v. 1.

[3] Idem. cap. 12, vs. 10 et seqs.

depuesto ya todo temor y miedo, porque esperaba con fe el establecimiento del nuevo reino de Israel, se acercó á Pilatos con santa osadía y confianza, y pidió el permiso necesario para desenclavar de la cruz el cadáver del Redentor. Este fué el tiempo que eligió para declararse, porque conoció que era el del verdadero llamamiento hecho por Jesús á todas las gentes del mundo, y por consiguiente el de responder á él con la mayor prontitud, deponiendo todos los respetos y temores de la tierra. Admirado Pilatos de que hubiese ya muerto, y queriendo certificarse mas del hecho, hizo llamar al centurion que había presenciado la ejecucion, para saber de él lo que había en esto; y cerciorado de que en verdad había muerto Jesús, mandó se le entregase el cuerpo. San Gerónimo opina [1], que para elogiar la integridad de este justo, escribió David en el principio de sus Salmos: "Bienaventurado aquel baron que no se dejó llevar de los consejos de los impíos, ni marchó por la senda de los pecadores, ni tomó asiento en las cátedras donde se determinaban las resoluciones pestilentes y mortíferas;" pues siendo senador y consejero, no entró á deliberar con los malvados. Con motivo de su fe en Jesús concurría de noche á oír sus doctrinas, y por esta razon estaba mas unido con Nicodemus, que aunque legisperito como él, asistía tambien de noche á oír á Jesús. Estos dos santos varones se encaminaron juntos al Calvario, y obtenido igualmente el permiso de la dolorosísima y amantísima Madre del Salvador, empezaron la tierna y triste ceremonia de bajarle [2]. Segun una antigua y constante tradicion, aun se enseña en Jerusalem el lugar donde se sentó la Madre para recibir en sus brazos el cuerpo de su Hijo, trece pasos distante del lugar donde estaba la cruz. Una por una registró, y adoró sus llagas sacratísimas, limpiándolas con las lágrimas de sus ojos, regando después con ellas todo el cuerpo, siendo este el mas triste y tierno espectáculo que jamás los siglos pudieron ver.

[1] Div. Hieronim. in cap. 27 Math.

[2] Methaphrates dice: Que la santísima y piadosísima Madre les ayudó en todas las preparaciones para bajarle de la cruz; y que recibió de sus manos el título que estaba sobre ella, la corona de espigas y los clavos, cuyos instrumentos adoró con el mas profundo rendimiento, lamiendo casi la sangre de que estaban empañados; los que escondió después en su amoroso seno.

Con la Madre lloraban todos los circunstantes; la amante Magdalena no se apartaba de los pies de su Maestro; el discípulo amado en calidad de hijo, estaba á la cabeza sosteniendo á la Madre, y al Maestro, y el llanto era tan ardiente y vivo, que sus ecos no solo retumbaban en las peñas del monte, sino hasta en las calles y plazas de la ciudad. Todos lloraban á la vez, y todos á porfía adoraban rendidamente el cuerpo y llagas sacratísimas de Jesús.

El sol habia corrido su carrera, y sus últimos rayos iban á dejar los hombres sumidos en tinieblas. José y Nicodemus, responsables al presidente del cadáver de Jesús, trataron de tributarle los últimos honores de la sepultura. Nicodemus habia llevado consigo cerca de cien libras de mirra y aloe para ungir y embalsamar el cuerpo Santo, segun la costumbre de los judíos, y José iba prevenido con una sábana nueva y muy aseada para envolverle: tenia á mas un jardin próximo al Calvario, en el que habia hecho trabajar para sí mismo un sepulcro en una gruta de peña, y en él todavia no se habia enterrado persona alguna; esta cercanía, junta con el poco tiempo que habia para el entierro del Salvador, fueron causa de que no se llevase mas lejos el cuerpo de su Majestad; pues los judíos daban principio á la fiesta por la tarde, y no les era permitido en el sábado llevar siquiera un muerto de un lugar á otro: así quiso Dios que el tiempo fuese tan medido, que no hubiese mas que el preciso para llevar el cuerpo de Jesús á aquel sepulcro inmediato, queriendo que la piedad de José y Nicodemus sirviesen á la mayor gloria de su Hijo, sin que ellos comprendiesen los designios de su providencia. Ordenóse pues la procesion fúnebre, siendo los únicos acompañantes las piadosas personas que se hallaban como escondidas en el Calvario durante la saugrienta tragedia, las que pertenecian todas á los parientes y allegados de Jesús, y algunos apóstoles y discípulos ocultos, cerrando el duelo la amantísima Madre, el discípulo querido y las santas mujeres que habian permanecido con ella al pié de la cruz. Al llegar al sepulcro, acercóse respetuosamente la Madre al cadáver sagrado de su Hijo, y imprimiendo por última vez en su majestuosa y divina frente bañada con su sangre el dulce sello del amor, consintió en que se cubriese con el sudario; que el cuerpo envuelto en la sábana se atase con fajas de lien-

cio, segun la costumbre de los judíos, y que se depositase en el sepulcro, donde debia estar solo y bien cerrado, á fin de que cuando saliese, no se pudiese dudar de su resurreccion, y aun por esto sin duda inspiró á José que al salir cerrase su entrada con una gruesa y enorme piedra; y habiendo coneluido la comision caritativa y honrosa que les envidiaban los ángeles, regresaron á Jerusalem, á donde los llamaba el sábado y la celebracion de la Pascua.

Son mucho mas fáciles de concebir que de explicar la agitacion y turbaciones que reinaron en los ánimos de todos los habitantes de Jerusalem, á consecuencia del grande espectáculo que acababa de ofrecerse á su vista. Los gentiles conocian por la serie de los sucesos y por la narracion de los mismos judíos, que la envidia de los sacerdotes, la malicia de los escribas, la hipocresía de los fariseos y la horrible injusticia de los magistrados, habia sacrificado al Hijo de David y heredero de su trono, haciendo morir tan dolorosa como ignominiosamente al mas grande y excelso entre todos los hombres que jamás habia visto la tierra, llegando á entrever aun los menos conoedores y atentos la gran revolucion que aquella muerte habia de causar en todo el universo, siendo el principio y causa fundamental de la completa destruccion del reino de Judá. Dividieronse mas y mas con este motivo las opiniones y pareceres de los judíos. Los naturales de Judea, y sobre todo la mayor parte de los de Jerusalem, aunque no ignoraban las predicciones de Jesucristo sobre su pasion y las consecuencias de su muerte, afectaban no creer cosa alguna y procuraban sosegar con la sombra de la victoria que creian haber conseguido contra el que no querian confesar por Mesías verdadero; pero los galileos, entre los cuales se contaban todos los apóstoles y casi todos los discípulos de Jesús, conservaban algunas esperanzas, aunque combatidos por su grande desolacion. Mientras estos temian y esperaban, los otros que aparentaban seguridad por su triunfo, eran los mas turbados y temerosos. No podian desimpresionarse de que Jesús era profeta verdadero, y este convencimiento no les permitia dudar de que se cumplirian exactamente las ulteriores predicciones de su Majestad; mas como no les era decoroso manifestar que creian, ó temian el poder omnipotente que en otras ocasiones el Salvador habia demostrado, aparentaron

quererse precaver contra cualquiera intentona que sus discípulos pudieran proyectar.

El espíritu de temor, de ansiedad y de zozobra de que estaban poseídos, les obligó á juntarse otra vez como en concilio, y resolvieron buscar á Pilatos y decirle: Nos acordamos que este impostor dijo algunas veces mientras vivía: Resucitaré al tercero día después de mi muerte. Manda pues que su sepulcro esté bien custodiado hasta después del tercer día, no sea cosa que vengan sus discípulos y le roben, y digan después al pueblo: Resucitó de entre los muertos; y suceda un error peor que el primero, ocasionando al Estado turbulencias mas lastimosas que las que excitó durante su vida. Pilatos, que desde sus últimas conversaciones secretas con Jesús, y en atención á lo que oía cada momento de las circunstancias de su pasión y muerte, no estaba muy lejos de dar entera fe á sus oráculos, y á quien no se ocultaba la malicia de los ministros de la Sinagoga, y que por lo mismo se burlaba de sus vanas precauciones, les respondió secamente y les dijo: A vosotros os está permitido tener guardias para la seguridad del templo: tomad de ellas las que quisiéreis, y colocadlas al rededor del sepulcro para defender la entrada; con cuya orden, que les pareció muy amplia y satisfactoria, se retiraron al momento; y no contentándose con hacerle guardar, sellaron la enorme piedra que le cubría, para que nadie se atreviese á entrar en él. Sobre lo que dice san Ambrosio [1]: Considera cuánta es la perfidia y malicia de los escribas y pontífices, que no solo se atreven á calumniar al Salvador después de muerto, sino que tambien envuelven en la calumnia á los apóstoles y discípulos. Al Maestro le acusan de seductor y á los discípulos de ladrones, capaces de causar una nueva conflagración en el pueblo, esparciendo un error peor que el primero. Ignorándolo, pronuncian una gran verdad, como dice Rábano [2], pues peor fué el desprecio de la penitencia en los judíos, que el error que causó la ignorancia. Peor fué la infidelidad en la resurrección, que la crueldad en la pasión; por consiguiente, confiesan de llano que cometieron un error en la muerte del Señor.

[1] Div. Ambros. in cap. 23 Lucæ.

[2] Raban. in cap. 17 Math.

San Crisóstomo echa con su acostumbrada maestría una hermosa pincelada sobre este cuadro interesantísimo, y dice [1]: Mira cómo aun no queriendo se conciertan los escribas mismos para demostrar la verdad; pues con lo que pretendieron á hicieron, resulta irrefragablemente demostrada la de la resurrección. Porque se guardó el sepulcro se ve que no se hizo fraude alguno; y si no le hubo, indudablemente resucitó el Señor. En una Peña durísima se labró el sepulcro, y con otra piedra enorme se cerró; y con guardia de soldados se rodeó, para que con cuanta mayor cautela se vigila, tanto mas brille la virtud del Altísimo cuando resucite. La solicitud de los escribas aprovecha á nuestra fe. Guardadle, fariseos, guardadle: Dios no puede estar encerrado; Dios no puede ser guardado en el sepulcro. El que hizo el cielo y la tierra, que lo sostiene con la punta de su dedo, y con tres de su mano abraza todo el universo, no puede ser detenido en el corazón de la tierra. Y por último, san Gerónimo concluye [2]: No habia bastado á los príncipes de los sacerdotes, á los escribas y fariseos, haber crucificado al Salvador; era preciso que guardasen el sepulcro y sellasen la piedra que lo cubría; cuanto estuvo de su parte lo hicieron para oponerse á la resurrección, pero todas sus precauciones solo sirvieron para afirmar nuestra fe.

Como todos estos tan memorables acontecimientos tuvieron lugar en la feria sexta ó día de viernes, y otros muchos que son generalmente ignorados, cerramos este párrafo con unos versos latinos que recuerdan algunos de ellos.

Salve festa dies, quæ vulnera nostra coërses.

Angelus est missus: est passus et in cruce Christus:

Est Adam factus: et eodem tempore lapsus

Ob meritum decima, cadit Abel frater ab ense.

Offer Melchisedech: Isaac saponitur aris.

Est decollatus Christi Baptista Joannes.

Et Petrus ereptus: Jacobus sub Herode preemptus [3].

[1] Div. Crisostom. Hom. 90 in Math.

[2] Div. Hieronim. in cap. 27 Math.

[3] Creemos muy oportuno poner á continuación la descripción siguiente de la Iglesia que posee el santo sepulcro del Salvador en Jerusalem.